



PREMIO NACIONAL
DE PERIODISMO
**SIMÓN
BOLÍVAR**

Discurso del jurado, edición 49, 2024

Ricardo Silva Romero

Presidente del jurado

Estimado Miguel Cortés Kotal, presidente del Grupo Bolívar,
Querida Silvia Martínez de Narváez, directora del Premio Nacional de Periodismo Simón Bolívar,
Estimado Fernando Cortés McAllister, director ejecutivo de la Fundación Bolívar Davivienda,
Querido Ramiro Osorio, director del Teatro Mayor Julio Mario Santo Domingo,
Queridos miembros del jurado de este año,
Admiradas y admirados periodistas:

No voy a ser fatalista. Me da un poco de vergüenza, pero no voy a serlo. Ya sé que las palabras que vienen podrían sonar a “sociedad de elogios mutuos”, pero como yo no soy periodista, como no me he atrevido a llamarme “periodista”, sino “escritor de ficciones”, en los formularios que preguntan el oficio –y tener la misma edad de este premio me da cierta autoridad–, no sólo me parece justo ser elogioso con el trabajo lleno de coraje que se sigue haciendo en las salas de redacción colombianas, sino ser vehemente a la hora de defender una tradición que nos ha salvado tantas veces del delirio. Sé en qué mundo distópico estamos viviendo: un giro dramático –el 1985 apocalíptico al que vuelve Marty McFly en *Volver al futuro II*– en el que la posverdad se traga viva a la democracia, la propaganda matonea a diario a los medios, la guerra hace lo que le da la gana y la pusilánime inteligencia artificial responde “sólo soy una máquina” cuando le conviene.

Y, sin embargo, uno recobra la cordura cuando ve y lee y oye lo que están haciendo ustedes.

Soy optimista, pero lo soy –ojo– sobre la base de la crisis. Conozco la encuesta en la que se revela que el 79% de los colombianos desconfía de sus medios. Veo día a día la degradación que trae la búsqueda desesperada de clics. Sufro, como un anciano iracundo, con la teoría y la práctica de la “noticia en desarrollo”. Noto los lugares comunes que deprimen. Reconozco que aún hay artículos que llaman “individuos arbóreos” a los pobres árboles. Rezo a quien corresponda cuando siento que todo el

periodismo de un día, cualquier día, fue periodismo de opinión. Soy testigo de que los escritores de periodismo ya se están tratando tan mal como los escritores de ficciones. Detesto las lapidaciones lideradas por las policías políticas de las redes. Recibo las noticias de los despidos en las salas de redacción. Tengo amigos en el exilio y amigos que andan con escoltas. Pero el Premio Nacional de Periodismo Simón Bolívar está aquí para probarnos año tras año que este oficio –el oficio sagrado de poner al tanto– está vivo y está en pie.

Suena a autoayuda triste de Instagram: a “ser feliz y darse cuenta”. Pero este es el día y este es el sitio para reconocer que tenemos la fortuna de contar con semejante premio. Qué milagro que el Grupo Bolívar siga teniendo fe en el resultado. Qué suerte que lo dirija Silvia Martínez de Narváez. Qué bueno que lo asista Magaly Vega. Qué dicente que, en una nación infestada de vivos, nadie –nadie es nadie: ni un jefe, ni un amigo, ni un colega– se atreva a asomarse a las deliberaciones o a recomendarle a uno algún trabajo. Qué serio y qué importante que el jurado cambie año tras año: créanme que este jurado tuvo seis miembros brillantes, maestros en sus campos, personas entrañables con vocación de editores, que se tomaron a pecho la tarea de revisar cada uno de los trabajos que participaron y se abstuvieron de participar en las discusiones cada vez que parecía haber algo semejante a un conflicto de intereses.

El hecho de que me hayan elegido presidente, el único presidente presente en el teatro, no debe usarse en contra de ninguno de los seis.

¿Qué encontró nuestro jurado entre las piezas que participaron este año? Por un lado, el lado lamentable, vio trabajos estupendos que incumplieron los términos; tonitos que banalizan relatos fundamentales para el país; periodistas universitarios que son más universitarios que periodistas; investigaciones del conflicto que carecen de transparencia; explotaciones del dolor dignas de sátira contra el periodismo; faltas de recursos en el momento en el que más necesitamos narrar lo que nos pasa; sensacionalismos, con músicas de suspenso y efectos especiales, que despojan de credibilidad. Pero por el otro lado, el lado esperanzador, vio periodistas valientes; periodistas bravos; periodistas con espíritu cooperativo; periodistas que honran la agenda de género; periodistas que no revictimizan a los colombianos asolados; periodistas culturales y científicos y humorísticos que se resisten a ser los últimos mohicanos; periodistas que aprenden a llegarle a la gente sin trivializar los dramas nuestros de cada día; periodistas que se niegan a dejarles las redes a las bodegas, y periodistas que consiguen apropiarse de los nuevos formatos y los nuevos lenguajes sin sacrificar la reflexión ni la dignidad por el camino.

Decía al principio que no soy periodista, aun cuando me hayan tratado tan bien, durante tantos años, en las salas de redacción –puede ser porque sólo voy una vez por semana–, pero decía esa verdad, que no soy periodista, porque quería decirles que periodistas son ustedes. Ustedes nos donan sus sistemas nerviosos. Ustedes duermen con un ojo

abierto, como los vaqueros del cine, por ponernos al día en las tras escenas del país. Y es lo honesto, lo realista, lo mínimo, estar orgulloso de todo lo que han hecho, están haciendo y van a hacer por nosotros. Suena a post de influencer, pero fue Séneca, en sus *Cartas a Lucilio*, quien recomendó criticar a los amigos en privado y elogiarlos en público. Por supuesto, todo es público aquí en los medios, y hay que ser autocríticos, y hay que señalar a los comunicadores violentos que abusan de su poder, y hay que reconocer las salidas en falso y las soberbias, pero también hay que recobrar el orgullo de pertenecer a esta larga cadena de voces justas que levantan la voz.

Ya sé. Hay uno que otro lagarto que interroga a los débiles y entrevista a los poderosos. Hay uno que otro reptil con agenda secreta que ojalá su Dios lo perdone. Hay activistas colados. Y hay los mismos mediocres que hay entre los abogados, entre los médicos, entre los ingenieros. Pero no hay que dejarse vender la idea, de las manadas, y de los esbirros de los politiqueros, y de uno que otro dueño del periodismo que, lleno de superioridad moral, da cátedra a diestra y siniestra a sus colegas, de que nuestros medios son meras fábricas de versiones oficiales. Cierta gente prefiere creer que tanto los noticieros como los gobiernos son manejados por villanos que acarician gatos de angora, en sótanos diabólicos, bajo luces trémulas, pero quien pise cualquier redacción se encontrará, sobre todo, con trabajadores firmes que hacen lo mejor que pueden para llegar a fin de mes y para contarnos qué pasa detrás de lo que pasa.

Se ha puesto de moda hablar, a la loca y a la brava y desde la propaganda conspiranoica, de la irresponsabilidad “de los medios hegemónicos”, de las cortinas de humo de “los medios del gran capital”. Pero lo cierto es que en tiempos de redes, o sea en tiempos en los que todos somos un medio y todos somos blancos tan fáciles, cada cuenta de Equis, de Facebook, de TikTok tendría que responder por sus ligerezas letales, por sus estigmatizaciones. La verdad es que hoy, cuando hablamos de “los medios”, estamos hablando de nosotros mismos. Y entonces voto porque nos demos cuenta de que, a diferencia de la gran mayoría, los periodistas son usuarios de redes que ponen la cara y responden por sus palabras. Y voto porque no nos comamos el cuento de que “el periodismo”, así, en abstracto, es el enemigo interno que suelen inventar los populistas.

Repito: no estoy pidiendo que la crítica se haga en privado y la celebración en público, no, estoy insistiendo en que este es el momento de recobrar el amor propio: estoy diciendo, aquí entre nos, que la defensa del oficio, la defensa de los investigadores que se juegan la vida, la defensa de los reporteros que encaran las violencias de las regiones, de la libertad de expresión de los que nos caen bien y de los que nos caen mal, tiene que ser mucho más firme. Créanme que los que hacemos novelas sobre este país podemos narrar ya mismo el Bogotazo, la Violencia, la dictadura, el Estatuto de Seguridad, la toma del Palacio de Justicia, la guerra contra los narcos, la era de las masacres, los falsos positivos, porque nuestros periodistas, nuestros fotógrafos, nuestros caricaturistas estuvieron en cuerpo y alma en el lugar de los hechos.

En un país de justicia que cojea pero no llega, en un país resignado a los vencimientos de términos, los periodistas de los medios grandes y pequeños y de los medios viejísimos y nuevos –créanme– al menos nos han contado la historia y nos han propuesto una cultura de la terapia.

Suena a pódcast de salud mental, pero está bien sentirse orgulloso de todo el periodismo que se ha hecho acá desde que se ha hecho periodismo, orgulloso de ustedes, orgulloso de la labor valerosa de la Flip. De verdad creo que es fundamental honrar nuestra tradición de la valentía, desde los linotipistas hasta hoy, resistiéndoseles con pies y manos a los embates de los fiscalizados, a las noticias falsas, a la comunicación violenta, *ad hominem*, que no busca interlocutores porque quiere clientes, y al amarillismo que no es diálogo sino sometimiento. Estamos viviendo ese 1985, el de *Volver al futuro II*, que es el reino del matón de la película: días de locos sueltos, y de jóvenes a la fuerza, y de zozobras. Y, como ya hay demasiadas voces apagando con fuego los incendios, y la primicia es una especie en vías de extinción, corresponde a los medios la tarea impopular de la sensatez.

De dar las noticias cuando lo sean. De bajarle el tono. De no malgastar las palabras. De pensarse dos veces los insultos. De pensarse tres veces las acusaciones. De pensar. De perder seguidores día tras día tras día. De resignarse a que la única gloria sea hacer bien el trabajo. Y de pronto, quién quita, ganarse el Premio Nacional de Periodismo Simón Bolívar.

Suena a estar a punto de cumplir cincuenta. Suena a ser viejo –yo lo sé–, pero alguien tiene que envejecer en este mundo. Muchas gracias.

Ricardo Silva Romero

Presidente del jurado

Bogotá, 19 de noviembre de 2024